

Nadine Haas

El papel del lenguaje y la escritura para las víctimas. El enfrentamiento con el pasado conflictivo en Guatemala

La historia de Guatemala se caracteriza por una larga tradición de violencia política y regímenes autoritarios. El conflicto armado interno que dominó la segunda mitad del siglo xx finalizó en 1996, después de treinta y seis años de enfrentamiento. Si bien oficialmente eran las tropas conservadoras del gobierno –representadas por el Ejército– las que luchaban contra la guerrilla izquierdista, la mayoría de las víctimas fueron civiles y, la mayor parte de ellos, indígenas que vivían en el campo.

Durante el proceso de paz, el gobierno y la guerrilla negociaron, entre otros temas, las medidas necesarias en el campo de la memoria y las políticas a tomar respecto al pasado. Se debatieron, entre otros, asuntos como la investigación y el juicio de los crímenes cometidos y la publicación de la identidad de los culpables. Finalmente, en 1994 se instauró una comisión de la verdad, con la tarea de aclarar todas las violaciones a los derechos humanos cometidas en los últimos treinta y seis años, con la condición de no identificar ni nombrar a los autores de los crímenes. Cinco años más tarde, en 1999, esta comisión presentó su informe final con el título *Guatemala, memoria del silencio* (Guatemala: Comisión para el Esclarecimiento Histórico). El informe presenta detalles sobre las causas, el desarrollo y los actores de la guerra y, asimismo, estima en más de doscientas mil personas el número de muertos y desaparecidos.

Simultáneamente a la Comisión de la Verdad, existió otra iniciativa en el área de las políticas de la memoria impulsada por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado. Bajo la dirección del arzobispo de Guatemala, monseñor Juan Gerardi, se fundó el proyecto “Recuperación de la memoria histórica” (REHMI) con el fin de guardar la memoria sobre los crímenes que ocurrieron a lo largo de la guerra civil.

Los textos literarios que se analizan a continuación –*Insensatez* de Horacio Castellanos Moya (*1957) y *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa (*1958)– giran precisamente alrededor de las políticas frente al pasado y nos permiten pensar de manera más detallada en el papel de la escritura y del lenguaje en el proceso de “hacer memoria”.

Los testimonios de las víctimas

La primera novela se publicó en 2004 y trata del arriba mencionado proyecto REHMI. Su autor, Horacio Castellanos Moya, es salvadoreño nacido en Honduras, que aborda en sus novelas temas de la realidad social y política de Centroamérica. Puede considerarse uno de los autores salvadoreños más leídos en la actualidad y cuenta con un amplio público fuera de su país.

La novela a analizar se titula *Insensatez* (Barcelona: Tusquets, 2005), lo que ya señala el sarcasmo provocador característico de los textos de Castellanos Moya. Las atrocidades narradas en esta novela lejanamente puedan ser calificadas de insensatas. En la novela, el protagonista empieza a trabajar para la oficina de Derechos Humanos del Arzobispado. Su tarea consiste en leer y editar, previo a su publicación en el informe, cientos de testimonios de sobrevivientes de las masacres contra la población indígena. Resulta interesante el pro-

ceso de gestación de estos testimonios, cuyo fin es fijar los recuerdos y hacer pública la verdad: primero, se entrevista a los sobrevivientes de las masacres, luego se graban y transcriben sus declaraciones, posteriormente, se traducen desde las lenguas indígenas al español. Una vez puestas en un orden temático, es tarea del protagonista de la novela revisar las declaraciones antes de que sean publicadas. Así puede observarse que los testimonios finales han pasado por varias etapas, en las cuales no es improbable que hayan sufrido cambios en algunos aspectos.

A pesar de ello, estos testimonios conservaron un lenguaje muy especial con el cual los testigos intentaron relatar lo que vivieron. Algunas expresiones llaman la atención del protagonista, fascinándole el carácter poético y la tonalidad del lenguaje, por lo que procede a copiar algunas partes en su libreta personal. El lenguaje de las víctimas se caracteriza por la abundancia de expresiones gráficas, por ejemplo: “*Las casas estaban tristes porque ya no había personas dentro [...]*” (p. 31). Estos recursos estilísticos, como repeticiones, metáforas y demás, se usan porque en muchos casos el lenguaje parece no tener las palabras exactas o ni siquiera ser suficiente para retratar el horror de lo vivido. La novela juega con varios niveles del lenguaje y la escritura, lo que al final conlleva a la pregunta de si el lenguaje en sí es capaz de reproducir ciertos contenidos.

Algunos de los testimonios relatan atrocidades casi inimaginables. Una de esas escenas queda grabada en la memoria del protagonista, quien termina por identificarse con el agresor: “...de ahí que mi mente comenzara a perturbarse al grado de que una misma imagen se me imponía en los momentos de descanso, una imagen que se repetía en varias partes del informe y que poco a poco me fue penetrando hasta poseerme por completo cuando me

ponía de pie y empezaba a pasearme en el reducido espacio de la habitación, entre la mesa de trabajo y la litera, como poseído, como si yo fuese ese teniente que irrumpía brutalmente en la choza de la familia indígena, tomaba con mi férrea mano al bebé de pocos meses por los tobillos, lo alzaba en vilo y luego lo hacía rotar por los aires, cada vez a más velocidad, como si fuese la honda de David desde donde saldría disparada la piedra, lo hacía girar por los aires a una velocidad de vértigo, frente a la mirada de espanto de sus padres y hermanitos, hasta que de súbito chocaba su cabeza contra el horcón de la choza, reventándola de manera fulminante, salpicando sesos por todos lados [...]” (p. 137).

Pasajes como éste transmiten claramente la violencia narrada al lector, quien es agredido por el texto. Esta escena no sólo le duele al protagonista que lee el testimonio, sino también al lector de la novela. La violencia del texto se desprende, en primer lugar, de su plasticidad descriptiva. El hecho de que en este caso la víctima sea un bebé, aumenta la violencia de lo narrado, lo cual nos lleva a cuestionar hasta qué punto la literatura tiene el derecho de reproducir actos violentos de esta envergadura. Por un lado, además de reprocharle al texto su propia violencia, se podría argumentar que tales descripciones estimulan la imaginación de posibles victimarios. Por otra parte, se podría alegar la posibilidad de un efecto terapéutico o de la superación del trauma a través de la narración o lectura del hecho violento.

Además de estas preguntas, que se refieren a un nivel metaliterario, los testimonios también tienen un cierto significado para los sobrevivientes. Dentro de la novela se articulan diferentes discursos de las víctimas. Algunos lamentan la impunidad que prevalece en la posguerra: “*Todos sabemos quiénes son los asesinos*” (p. 153). Otra víctima cuenta que al principio

“*quise haber sido una culebra venenosa, pero ahora lo que pido es el arrepentimiento de ellos [...]*” (p. 135 f.). Una tercera postura se revela en el testimonio de una víctima que desea “*que se borre el nombre de los muertos para que queden libres y ya no tengamos problemas*” (p. 144). En la novela se enfatiza la posibilidad que ofrece el testimonio de reconstruir la verdad y grabarla en la memoria colectiva.

A través de la lectura, el protagonista vive los actos violentos en su imaginación, pero esto no lo lleva a un efecto positivo o catártico. Al contrario, en vez de superar el trauma, se queda atrapado en él. Después de sufrir de cada vez más ataques de paranoia, termina por huir del país de manera precipitada. La lectura de los testimonios tiene como resultado que las atrocidades se le graben al protagonista en forma de palabras. En sus crisis de ansiedad, aparecen y aumentan los elementos de los testimonios leídos en forma de frases o expresiones. “Yo no estoy completo de la mente”, ésta es la primera frase y el *Leitmotiv* de esta novela. De esta manera, el texto hace énfasis en el daño mental como resultado de la violencia experimentada, poniendo en duda la sola posibilidad de llegar a superar el pasado.

La mayor parte de la novela se concede al discurso de las víctimas a quienes se les brinda un espacio para articularse. Los victimarios también siguen presentes en el texto, pero no se materializan en personajes concretos. Su presencia es palpable y se nota en el miedo y el delirio de persecución del protagonista que, después de todo, resulta haber sido justificado ya que, al final de la novela y justo después de la publicación del informe, el arzobispo es asesinado. Esto corresponde a hechos históricos: el arzobispo guatemalteco Gerardi fue asesinado poco tiempo después de la publicación del informe REHMI (Guatemala: ODHAG, 1998).

Vale la pena aclarar que Guatemala no es mencionada directamente en la novela como lugar de los sucesos. El texto, no obstante, no deja ninguna duda de que se trata de tal país. En la primera página del libro, junto a las informaciones usuales acerca de la edición, se encuentra la advertencia de que se trata de un “libro de ficción” y que “cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia”. Esto es significativo, ya que es la primera vez que el autor Castellanos Moya creyó necesario escribir tal medida de precaución.

Lo anterior también se aplica a la segunda novela a analizar. Su autor, Rodrigo Rey Rosa, le antepone la siguiente nota: “Aunque no lo parezca, aunque no quiera parecerlo, ésta es una obra de ficción” (p. 9). Con esta afirmación, la referencia al contexto extra-literario se hace explícita.

El archivo de los victimarios

Rodrigo Rey Rosa es guatemalteco y, al igual que Castellanos Moya, se le puede contar entre los autores más exitosos de su país, también, y sobre todo, entre lectores extranjeros. Su novela más reciente se publicó en marzo del año 2009, titulada *El material humano* (Barcelona: Anagrama). Antes de proseguir, hacen falta algunas aclaraciones acerca del género y del carácter ficticio de esta obra. Por supuesto que se trata de una novela, y esto no sólo porque el autor lo anuncie en la primera página. Sin embargo, aun siendo una obra de ficción, el texto posee bastantes rasgos autobiográficos y se corresponde, en muchos aspectos, con hechos históricos y comprobables. El protagonista y narrador de la novela es un *alter ego* del autor, quien se llama Rodrigo Rey Rosa igual que él y cuya vida recuerda a la del autor.

También hay otras figuras en la novela que son creadas a partir de personajes reales. Es más, el archivo que es punto central de la novela, corresponde al archivo secreto de la policía guatemalteca descubierto en 2005. Resulta evidente que el texto se mueve en la frontera entre lo real y lo ficticio.

Rey Rosa (el protagonista de la novela) se entera de la existencia del archivo mencionado y decide investigar algunos de los casos de intelectuales perseguidos y observados por la policía. Sin embargo, dado que la mayor parte de los documentos del archivo todavía no está clasificada, su proyecto no se puede llevar a cabo. A pesar de todo, Rey Rosa continúa visitando un departamento del archivo, el llamado “Gabinete de Identificación”, revisando documentos y tomando notas.

Casi todas las fichas de este departamento, en las cuales se registra información acerca de ciertas personas, fueron creadas por un tal Benedicto Tun. A Rey Rosa le llama la atención este personaje que ha trabajado toda su vida en el archivo. Intenta comunicarse con la familia de éste, ya que le interesa saber qué tipo de persona pudo haber efectuado un trabajo semejante. En el transcurso de sus investigaciones, Rey Rosa empieza a sentirse amenazado y teme por la seguridad de su propia familia. Luego le llega información sobre los responsables del secuestro de su madre, un crimen que había ocurrido muchos años atrás y que nunca se aclaró.

La lectura de la novela genera un cierto efecto de cansancio. Durante muchas páginas no pasa absolutamente nada, excepto que el protagonista intenta hablar con ciertas personas (como el hijo de Tun), quienes todas las veces lo dejan plantado. Los hechos que se repiten, la falta de sucesos y la frustración de protagonista simbolizan adecuadamente la ineffectividad e inutilidad con las que se ve

confrontada toda persona que en Guatemala intenta encaminarse hacia la búsqueda de la verdad. En el nivel de la acción no pasa mucho y la novela termina en la nada – igual que la búsqueda de los culpables en Guatemala, que no ha llevado a ningún lado.

Partes de la novela consisten en párrafos que Rey Rosa ha copiado de documentos del archivo. En estas fichas se documentaron detalles acerca de individuos que fueron registrados a causa de ciertos sucesos. Para ser registrado, era suficiente “jugar pelota en la vía pública”, “desobedecer [al] padre” o “cometer adulterio”. En otros casos, el “delito” había sido “propalar ideas exóticas”, “burlarse de la patria” o bien “bailar tango” en un lugar “donde es prohibido” (pp. 22-27). Las razones por las cuales se fichaba a individuos eran absolutamente arbitrarias. La novela deja aun más claro este hecho al mencionar prácticamente sólo casos extremos. Al momento de registrar y archivar información acerca de ciertos individuos, estos son declarados enemigos del Estado y, en muchos casos, llegan a ser víctimas de éste mismo. La violencia estatal, sin embargo, sólo se insinúa en esta novela.

Las fichas originales del archivo “real”, en cambio, documentan los crímenes cometidos. Aquellas personas fichadas por la policía eran sobre todo adversarios políticos. Las fichas de los enemigos estatales no sólo contenían datos biográficos e información acerca de los supuestos delitos (como en la novela), sino que la policía guatemalteca también disponía de un sistema de códigos a través del cual era posible registrar detalles sobre el paradero de la víctima. Así por ejemplo, “300” significa que la víctima fue asesinada por fuerzas estatales (National Security Archive: Death Squad Dossier, <www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB15/dossier-color.pdf>, 1999).

Reflexiones finales

El material humano muestra cómo se construye la identidad de las víctimas a través de fijar y archivar información sobre ellas. Sin embargo, en este caso la documentación de información ocurre con un objetivo diferente que el que posee la primera novela. En *Insensatez*, vimos que la meta era recopilar y documentar información de manera escrita para así lograr la divulgación de la verdad y la justicia para las víctimas. Lo principal era hacer público lo escrito. En el segundo caso, por el contrario, se trata de documentos secretos, instrumentos de los victimarios con los cuales definían a sus víctimas y documentaban los actos violentos que realizaban contra ellas.

En ambas novelas lo que prevalece al final es la impunidad y el desamparo de las víctimas. Aunque se le atribuye cierta importancia a la memoria escrita, queda claro que esta verdad grabada en papel no lleva ni a la justicia ni a la persecución de los culpables. De esta manera, lo que se cuestiona es también el papel y las posibilidades de la literatura en sí.

Nadine Haas se encuentra actualmente escribiendo su tesis doctoral en la Universidad de Hamburgo y en el GIGA Instituto de Estudios Latinoamericanos. Este artículo se basa en una ponencia presentada en la conferencia "Opferbilder/Täterbilder" de la red de doctorantes AVARnet que tuvo lugar el 17 de octubre 2009 en Berlín (<www.avarnet.de>). Correo electrónico: haas@giga-hamburg.de.